

acordando prestar su apoyo a todos aquellos que fuesen de carácter general. Entre dichos asuntos son de mencionar especialmente los siguientes: Situación de las industrias textiles; Productos que tienen exportación: Márgenes comerciales del gremio de ultramarinos: Artículos contingentes para el consumo de la población civil y situación de las conservas de pescado.

Por último, el Consejo acordó hacer suya la proposición de la Cámara de Zaragoza de que se exprese a la Confederación de Cámaras de Comercio Mejicanas la complacencia con que se ha visto su deseo de que se reanuden las relaciones comerciales entre Méjico y España, deseo que las Cámaras españolas no pueden menos de ver con simpatía, toda vez que coincide con una cordial aspiración suya.

Acto seguido se levantó la sesión.

El Consejo estuvo reunido los días 9 y 10 mañana y tarde.

II.

CRONICAS Y NOTICIAS COMERCIALES

En el centenario de los ferrocarriles españoles

Cumple el ferrocarril español, en 1948, cien años, y no debe faltar en este centenario trepidante nuestra lírica participación. No en balde, la gran masa de nuestros lectores son entrañables usuarios de la ferrovía, y es lógico que a la glosa de sus afanes y preocupaciones nos debamos.

Si en todo aniversario hay motivo para evocaciones placenteras y recuentos entusiasmados, es natural que en un centenario nos deleitemos a placer, mucho más cuando la realidad actual del ferrocarril nos brinda multitud de estampas de máxima enseñanza.

No importa nada, para nuestro designio de fervido homenaje, que el ferrocarril español se encuentre en 1948 más avejantado, rugoso e inhábil que en 1908. Y no importa, porque su espíritu se mantiene joven. Cada uno tiene la edad que ejerce.

Una estampa, extraída de toda verdad auténtica y reciente, va a ser nuestra aportación en dicho centenario. Por la estampa desfila el ferrocarril, el vagón y el viajero.

Partimos de una estación litoral dispuestos a recorrer ciento setenta kilómetros en seis horas. La media de velocidad no alcanza los treinta kilómetros a la hora. Pero aceptamos el vértigo y a él nos lanzamos decididamente.

La obtención de billete se nos pinta difícil. Una propina vence la dificultad y logramos reserva de asiento. Al llegar al tren, sin embargo, nuestro asiento, empapado de grasa, es casi el único que siente el orgullo del papelito de reserva. Poco público y alguna romántica despedida.

En el departamento no funciona nada: Ni la puerta, ni las cortinas, ni la ventanilla; malamente la luz. Cinco viajeros solamente. Uno de ellos sin cuello ni corbata, fuma incansablemente tremendas tagarninas;